

Antonio Machado

## La tierra de Alvargonzález

### Poema original:

Al poeta Juan Ramón Jiménez

1

Siendo mozo Alvargonzález,  
dueño de mediana hacienda,  
que en otras tierras se dice  
bienestar y aquí, opulencia,  
en la feria de Berlanga  
prendóse de una doncella,  
y la tomó por mujer  
al año de conocerla.

Muy ricas las bodas fueron  
y quien las vio las recuerda;  
sonadas las tornabodas  
que hizo Alvar en su aldea;  
hubo gaitas, tamboriles,  
flauta, bandurria y vihuela,  
fuegos a la valenciana  
y danza a la aragonesa.

2

Feliz vivió Alvargonzález  
en el amor de su tierra.  
Nacióronle tres varones,  
que en el campo son riqueza,  
y, ya crecidos, los puso,  
uno a cultivar la huerta,  
otro a cuidar los merinos,  
y dio el menor a la Iglesia.

3

Mucha sangre de Caín  
tiene la gente labriega,  
y en el hogar campesino  
armó la envidia pelea.

Casáronse los mayores;  
tuvo Alvargonzález nueras,  
que le trajeron cizaña,  
antes que nietos le dieran.

La codicia de los campos  
ve tras la muerte la herencia;  
no goza de lo que tiene  
por ansia de lo que espera.

El menor, que a los latines  
prefería las doncellas  
hermosas y no gustaba  
de vestir por la cabeza,  
colgó la sotana un día  
y partió a lejanas tierras.

La madre lloró, y el padre  
diole bendición y herencia.

4

Alvargonzález ya tiene  
la adusta frente arrugada,  
por la barba le platea  
la sombra azul de la cara.

Una mañana de otoño  
salió solo de su casa;  
no llevaba sus lebreles,  
agudos canes de caza;

iba triste y pensativo  
por la alameda dorada;  
anduvo largo camino  
y llegó a una fuente clara.

Echóse en la tierra; puso  
sobre una piedra la manta,  
y a la vera de la fuente

durmió al arrullo del agua.

El sueño

1

Y Alvargonzález veía,  
como Jacob, una escala  
que iba de la tierra al cielo,  
y oyó una voz que le hablaba.

Mas las hadas hilanderas,  
entre las vedijas blancas  
y vellones de oro, han puesto  
un mechón de negra lana.

2

Tres niños están jugando  
a la puerta de su casa;  
entre los mayores brinca  
un cuervo de negras alas.

La mujer vigila, cose  
y, a ratos, sonrío y canta.  
—Hijos, ¿qué hacéis? —les pregunta.  
Ellos se miran y callan.

—Subid al monte, hijos míos,  
y antes que la noche caiga,  
con un brazado de estepas  
hacedme una buena llama.

3

Sobre el lar de Alvargonzález  
está la leña apilada;  
el mayor quiere encenderla,  
pero no brota la llama.

—Padre, la hoguera no prende,  
está la estepa mojada.

Su hermano viene a ayudarle  
y arroja astillas y ramas  
sobre los troncos de roble;  
pero el rescoldo se apaga.

Acude el menor, y enciende,  
bajo la negra campana  
de la cocina, una hoguera  
que alumbra toda la casa.

4

Alvargonzález levanta  
en brazos al más pequeño  
y en sus rodillas lo sienta;

—Tus manos hacen el fuego;  
aunque el último naciste  
tú eres en mi amor primero.

Los dos mayores se alejan  
por los rincones del sueño.  
Entre los dos fugitivos  
reluce un hacha de hierro.

Aquella tarde...

1

Sobre los campos desnudos,  
la luna llena manchada  
de un arrebol purpurino,  
enorme globo, asomaba.

Los hijos de Alvargonzález  
silenciosos caminaban,  
y han visto al padre dormido  
junto de la fuente clara.

2

Tiene el padre entre las cejas  
un ceño que le aborrasca

el rostro, un tachón sombrío  
como la huella de un hacha.

Soñando está con sus hijos,  
que sus hijos lo apuñalan;  
y cuando despierta mira  
que es cierto lo que soñaba.

3

A la vera de la fuente  
quedó Alvargonzález muerto.

Tiene cuatro puñaladas  
entre el costado y el pecho,  
por donde la sangre brota,  
más un hachazo en el cuello.

Cuenta la hazaña del campo  
el agua clara corriendo,  
mientras los dos asesinos  
huyen hacia los hayedos.

Hasta la Laguna Negra,  
bajo las fuentes del Duero,  
llevan el muerto, dejando  
detrás un rastro sangriento,  
y en la laguna sin fondo,  
que guarda bien los secretos,  
con una piedra amarrada  
a los pies, tumba le dieron.

4

Se encontró junto a la fuente  
la manta de Alvargonzález,  
y, camino del hayedo,  
se vio un reguero de sangre.

Nadie de la aldea ha osado  
a la laguna acercarse,  
y el sondarla inútil fuera,  
que es la laguna insondable.

Un buhonero, que cruzaba  
aquellas tierras errante,  
fue en Dauria acusado, preso  
y muerto en garrote infame.

5

Pasados algunos meses,  
la madre murió de pena.

Los que muerta la encontraron  
dicen que las manos yertas  
sobre su rostro tenía,  
oculto el rostro con ellas.

4

Los hijos de Alvargonzález  
ya tienen majada y huerta,  
campos de trigo y centeno  
y prados de fina hierba;  
en el olmo viejo, hendido  
por el rayo, la colmena,  
dos yuntas para el arado,  
un mastín y mil ovejas.

Otros días

1

Ya están las zarzas floridas  
y los ciruelos blanquean;  
ya las abejas doradas  
liban para sus colmenas,  
y en los nidos, que coronan  
las torres de las iglesias,  
asoman los garabatos  
ganchudos de las cigüeñas.

Ya los olmos del camino  
y chopos de las riberas  
de los arroyos, que buscan  
al padre Duero, verdean.

El cielo está azul, los montes  
sin nieve son de violeta.

La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza;  
muerto está quien la ha labrado,  
mas no le cubre la tierra.

2

La hermosa tierra de España  
adusta, fina y guerrera  
Castilla, de largos ríos,  
tiene un puñado de sierras  
entre Soria y Burgos como  
reductos de fortaleza,  
como yelmos crestonados,  
y Urbión es una cimera.

3

Los hijos de Alvargonzález,  
por una empinada senda,  
para tomar el camino  
de Salduero a Covalada,  
cabalgan en pardas mulas,  
bajo el pinar de Vinuesa.

Van en busca de ganado  
con que volver a su aldea,  
y por tierra de pinares  
larga jornada comienzan.

Van Duero arriba, dejando  
atrás los arcos de piedra  
del puente y el caserío  
de la ociosa y opulenta  
villa de indianos. El río  
al fondo del valle, suena,  
y de las cabalgaduras  
los cascos baten las piedras.

A la otra orilla del Duero  
canta una voz lastimera:

«La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza,  
y el que la tierra ha labrado  
no duerme bajo la tierra.»

4

Llegados son a un paraje  
en donde el pinar se espesa,  
y el mayor, que abre la marcha,  
su parda mula espolea,  
diciendo: —Démonos prisa;  
porque son más de dos leguas  
de pinar y hay que apurarlas  
antes que la noche venga.

Dos hijos del campo, hechos  
a quebradas y asperezas,  
porque recuerdan un día  
la tarde en el monte tiemblan.

Allá en lo espeso del bosque  
otra vez la copla suena:

«La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza,  
y el que la tierra ha labrado  
no duerme bajo la tierra».

5

Desde Salduero el camino  
va al hilo de la ribera;  
a ambas márgenes del río  
el pinar crece y se eleva,  
y las rocas se aborrascan,  
al par que el valle se estrecha.

Los fuertes pinos del bosque  
con sus copas gigantescas  
y sus desnudas raíces  
amarradas a las piedras;  
los de troncos plateados  
cuyas frondas azulean,



pinos jóvenes; los viejos,  
cubiertos de blanca lepra,  
musgos y líquenes canos  
que el grueso tronco rodean,  
colman el valle y se pierden  
rebasando ambas laderas

Juan, el mayor, dice: —Hermano,  
si Blas Antonio apacienta  
cerca de Urbión su vacada,  
largo camino nos queda.

—Cuando hacia Urbión alarguemos  
se puede acortar de vuelta,  
tomando por el atajo,  
hacia la Laguna Negra  
y bajando por el puerto  
de Santa Inés a Vinuesa.

—Mala tierra y peor camino.  
Te juro que no quisiera  
verlos otra vez. Cerremos  
los tratos en Covalada;  
hagamos noche y, al alba,  
volvámonos a la aldea  
por este valle, que, a veces,  
quien piensa atajar rodea.

Cerca del río cabalgan  
los hermanos, y contemplan  
cómo el bosque centenario,  
al par que avanzan, aumenta,  
y la roqueda del monte  
el horizonte les cierra.

El agua, que va saltando,  
parece que canta o cuenta:

«La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza,  
y el que la tierra ha labrado  
no duerme bajo la tierra».

Castigo

1

Aunque la codicia tiene  
redil que encierre la oveja,  
trojes que guarden el trigo,  
bolsas para la moneda,  
y garras, no tiene manos  
que sepan labrar la tierra.

Así, a un año de abundancia  
siguió un año de pobreza.

2

En los sembrados crecieron  
las amapolas sangrientas;  
pudrió el tizón las espigas  
de trigales y de avenas;  
hielos tardíos mataron  
en flor la fruta en la huerta,  
y una mala hechicería  
hizo enfermar las ovejas.

A los dos Alvargonzález  
maldijo Dios en sus tierras,  
y al año pobre siguieron  
largos años de miseria.

3

Es una noche de invierno.  
Cae la nieve en remolinos.  
Los Alvargonzález velan  
un fuego casi extinguido.

El pensamiento amarrado  
tienen a un recuerdo mismo,  
y en las ascuas mortecinas  
del hogar los ojos fijos.

No tienen leña ni sueño.

Larga es la noche y el frío  
arrecia. Un candil humea  
en el muro ennegrecido.

El aire agita la llama,  
que pone unfulgor rojizo  
sobre las dos pensativas  
testas de los asesinos.

El mayor de Alvargonzález,  
lanzando un ronco suspiro,  
rompe el silencio, exclamando:

—Hermano, ¡qué mal hicimos!

El viento la puerta bate  
hace temblar el postigo,  
y suena en la chimenea  
con hueco y largo bramido.

Después, el silencio vuelve,  
y a intervalos el pabilo  
del candil chisporrotea  
en el aire atarecido.

El segundo dijo: —Hermano,  
¡demos lo viejo al olvido!

El viajero

1

Es una noche de invierno.  
Azota el viento las ramas  
de los álamos. La nieve  
ha puesto la tierra blanca.

Bajo la nevada, un hombre  
por el camino cabalga;  
va cubierto hasta los ojos,  
embozado en negra capa.

Entrado en la aldea, busca  
de Alvargonzález la casa,  
y ante su puerta llegado,  
sin echar pie a tierra, llama.

2

Los dos hermanos oyeron  
una aldabada a la puerta,  
y de una cabalgadura  
los cascos sobre las piedras.

Ambos los ojos alzaron  
llenos de espanto y sorpresa.

—¿Quién es? Responda —gritaron.

—Miguel —respondieron fuera.

Era la voz del viajero  
que partió a lejanas tierras.

3

Abierto el portón, entróse  
a caballo el caballero  
y echó pie a tierra. Venía  
todo de nieve cubierto.

En brazos de sus hermanos  
lloró algún rato en silencio.

Después dio el caballo al uno,  
al otro, capa y sombrero,  
y en la estancia campesina  
buscó el arrimo del fuego.

4

El menor de los hermanos,  
que niño y aventurero  
fue más allá de los mares  
y hoy torna indiano opulento,  
vestía con negro traje  
de peludo terciopelo,  
ajustado a la cintura  
por ancho cinto de cuero.

Gruesa cadena formaba  
un bucle de oro en su pecho.

Era un hombre alto y robusto,  
con ojos grandes y negros  
llenos de melancolía;  
la tez de color moreno,  
y sobre la frente comba  
enmarañados cabellos;  
el hijo que saca porte  
señor de padre labriego,  
a quien fortuna le debe  
amor, poder y dinero.  
De los tres Alvargonzález  
era Miguel el más bello;  
porque al mayor afeaba  
el muy poblado entrecejo  
bajo la frente mezquina,  
y al segundo, los inquietos  
ojos que mirar no saben  
de frente, torvos y fieros.

5

Los tres hermanos contemplan  
el triste hogar en silencio;  
y con la noche cerrada  
arrecia el frío y el viento.

—Hermanos, ¿no tenéis leña?  
—dice Miguel.  
—No tenemos  
—responde el mayor.

Un hombre,  
milagrosamente, ha abierto  
la gruesa puerta cerrada  
con doble barra de hierro.

El hombre que ha entrado tiene  
el rostro del padre muerto.

Un halo de luz dorada  
orla sus blancos cabellos.  
Lleva un haz de leña al hombro  
y empuña un hacha de hierro.

El indiano

1

De aquellos campos malditos,  
Miguel a sus dos hermanos  
compró una parte, que mucho  
caudal de América trajo,  
y aun en tierra mala, el oro  
luce mejor que enterrado,  
y más en mano de pobres  
que oculto en orza de barro.

Diose a trabajar la tierra  
con fe y tesón el indiano,  
y a laborar los mayores  
sus pegujales tornaron.

Ya con macizas espigas,  
preñadas de rubios granos,  
a los campos de Miguel  
tornó el fecundo verano;  
y ya de aldea en aldea  
se cuenta como un milagro,  
que los asesinos tienen  
la maldición en sus campos.

Ya el pueblo canta una copla  
que narra el crimen pasado:

«A la orilla de la fuente  
lo asesinaron.

¡qué mala muerte le dieron  
los hijos malos!

En la laguna sin fondo  
al padre muerto arrojaron.

No duerme bajo la tierra  
el que la tierra ha labrado».

2

Miguel, con sus dos lebreles  
y armado de su escopeta,

hacia el azul de los montes,  
en una tarde serena,  
caminaba entre los verdes  
chopos de la carretera,  
y oyó una voz que cantaba:

«No tiene tumba en la tierra.  
Entre los pinos del valle  
del Revinuesa,  
al padre muerto llevaron  
hasta la Laguna Negra».

La casa

1

La casa de Alvargonzález  
era una casona vieja,  
con cuatro estrechas ventanas,  
separada de la aldea  
cien pasos y entre dos olmos  
que, gigantes centinelas,  
sombra le dan en verano,  
y en el otoño hojas secas.

Es casa de labradores,  
gente aunque rica plebeya,  
donde el hogar humeante  
con sus escaños de piedra  
se ve sin entrar, si tiene  
abierta al campo la puerta.

Al arrimo del rescoldo  
del hogar borbollonean  
dos pucherillos de barro,  
que a dos familias sustentan.

A diestra mano, la cuadra  
y el corral; a la siniestra,  
huerto y abejar, y, al fondo,  
una gastada escalera,  
que va a las habitaciones  
partidas en dos viviendas.

Los Alvargonzález moran

con sus mujeres en ellas.  
A ambas parejas que hubieron,  
sin que lograrse pudieran,  
dos hijos, sobrado espacio  
les da la casa paterna.

En una estancia que tiene  
luz al huerto, hay una mesa  
con gruesa tabla de roble,  
dos sillones de vaqueta,  
colgado en el muro, un negro  
ábaco de enormes cuentas,  
y unas espuelas mohosas  
sobre un arcón de madera.

Era una estancia olvidada  
donde hoy Miguel se aposenta.  
Y era allí donde los padres  
veían en primavera  
el huerto en flor, y en el cielo  
de mayo, azul, la cigüeña  
—cuando las rosas se abren  
y los zarzales blanquean—  
que enseñaba a sus hijuelos  
a usar de las alas lentas.

Y en las noches del verano,  
cuando la calor desvela,  
desde la ventana al dulce  
ruiseñor cantar oyeran.

Fue allí donde Alvargonzález,  
del orgullo de su huerta  
y del amor a los suyos,  
sacó sueños de grandeza.

Cuando en brazos de la madre  
vio la figura risueña  
del primer hijo, bruñida  
de rubio sol la cabeza,  
del niño que levantaba  
las codiciosas, pequeñas  
manos a las rojas guindas  
y a las moradas ciruelas,  
o aquella tarde de otoño,  
dorada, plácida y buena,



él pensó que ser podría  
feliz el hombre en la tierra.

Hoy canta el pueblo una copla  
que va de aldea en aldea:

« ¡Oh casa de Alvargonzález,  
qué malos días te esperan;  
casa de los asesinos,  
que nadie llame a tu puerta! »

2

Es una tarde de otoño.  
En la alameda dorada  
no quedan ya ruiseñores;  
enmudeció la cigarra.

Las últimas golondrinas,  
que no emprendieron la marcha,  
morirán, y las cigüeñas  
de sus nidos de retamas,  
en torres y campanarios,  
huyeron.

Sobre la casa  
de Alvargonzález, los olmos  
sus hojas que el viento arranca  
van dejando. Todavía  
las tres redondas acacias,  
en el atrio de la iglesia,  
conservan verdes sus ramas,  
y las castañas de Indias  
a intervalos se desgajan  
cubiertas de sus erizos;  
tiene el rosal rosas grana  
otra vez, y en las praderas  
brilla la alegre otoñada.

En laderas y en alcores,  
en ribazos y en cañadas,  
el verde nuevo y la hierba,  
aún del estío quemada,  
alternan; los serrijones  
pelados, las lomas calvas,

se coronan de plumizas  
nubes apelotonadas;  
y bajo el pinar gigante,  
entre las marchitas zarzas  
y amarillentos helechos,  
corren las crecidas aguas  
a engrosar el padre río  
por canchales y barrancas.

Abunda en la tierra un gris  
de plomo y azul de plata,  
con manchas de roja herrumbre,  
todo envuelto en luz violada.

¡Oh tierras de Alvargonzález,  
en el corazón de España,  
tierras pobres, tierras tristes,  
tan tristes que tienen alma!

Páramo que cruza el lobo  
aullando a la luna clara  
de bosque a bosque, baldíos  
llenos de peñas rodadas,  
donde roída de buitres  
brilla una osamenta blanca;  
pobres campos solitarios  
sin caminos ni posadas,

¡oh pobres campos malditos,  
pobres campos de mi patria!

La tierra

1

Una mañana de otoño,  
cuando la tierra se labra,  
Juan y el indiano aparejan  
las dos yuntas de la casa.  
Martín se quedó en el huerto  
arrancando hierbas malas.

2

Una mañana de otoño,  
cuando los campos se aran,  
sobre un otero, que tiene  
el cielo de la mañana  
por fondo, la parda yunta  
de Juan lentamente avanza.

Cardos, lampazos y abrojos,  
avena loca y cizaña,  
llenan la tierra maldita,  
tenaz a pico y a escarda.

Del corvo arado de roble  
la hundida reja trabaja  
con vano esfuerzo; parece,  
que al par que hiende la entraña  
del campo y hace camino  
se cierra otra vez la zanja.

«Cuando el asesino labre  
será su labor pesada;  
antes que un surco en la tierra,  
tendrá una arruga en su cara».

3

Martín, que estaba en la huerta  
cavando, sobre su azada  
quedó apoyado un momento;  
frío sudor le bañaba  
el rostro.

Por el Oriente,  
la luna llena, manchada  
de un arrebol purpurino,  
lucía tras de la tapia  
del huerto.

Martín tenía  
la sangre de horror helada.  
La azada que hundió en la tierra  
teñida de sangre estaba.

4

En la tierra en que ha nacido  
supo afincar el indiano;  
por mujer a una doncella  
rica y hermosa ha tomado.

La hacienda de Alvargonzález  
ya es suya, que sus hermanos  
todo le vendieron: casa,  
huerto, colmenar y campo.

Los asesinos

1

Juan y Martín, los mayores  
de Alvargonzález, un día  
pesada marcha emprendieron  
con el alba, Duero arriba.

La estrella de la mañana  
en el alto azul ardía.  
Se iba tiñendo de rosa  
la espesa y blanca neblina  
de los valles y barrancos,  
y algunas nubes plumizas  
a Urbión, donde el Duero nace,  
como un turbante ponían.

Se acercaban a la fuente.  
El agua clara corría,  
sonando cual si contara  
una vieja historia, dicha  
mil veces y que tuviera  
mil veces que repetirla.

Agua que corre en el campo  
dice en su monotonía:  
Yo sé el crimen, ¿no es un crimen,  
cerca del agua, la vida?

Al pasar los dos hermanos  
relataba el agua limpia:

«A la vera de la fuente  
Alvargonzález dormía».

2

—Anoche, cuando volvía  
a casa—Juan a su hermano  
dijo—, a la luz de la luna  
era la huerta un milagro.

Lejos, entre los rosales,  
divisé un hombre inclinado  
hacia la tierra; brillaba  
una hoz de plata en su mano

Después irguióse y, volviendo  
el rostro, dio algunos pasos  
por el huerto, sin mirarme,  
y a poco lo vi encorvado  
otra vez sobre la tierra.

Tenía el cabello blanco.  
La luz llena brillaba,  
y era la huerta un milagro.

3

Pasado habían el puerto  
de Santa Inés, ya mediada  
la tarde, una tarde triste  
de noviembre, fría y parda.  
Hacia la Laguna Negra  
silenciosos caminaban.

4

Cuando la tarde caía,  
entre las vetustas hayas,  
y los pinos centenarios,  
un rojo sol se filtraba.

Era un paraje de bosque  
y peñas aborrascadas;  
aquí bocas que bostezan  
o monstruos de tierras garras;  
allí una informe joroba,

allá una grotesca panza,  
torvos hocicos de fieras  
y dentaduras melladas,  
rocas y rocas, y troncos  
y troncos, ramas y ramas.  
En el hondón del barranco  
la noche, el miedo y el agua.

5

Un lobo surgió, sus ojos  
lucían como dos ascuas.  
Era la noche, una noche  
húmeda, oscura y cerrada.

Los dos hermanos quisieron  
volver. La selva ululaba.  
Cien ojos fieros ardían  
en la selva, a sus espaldas.

6

Llegaron los asesinos  
hasta la Laguna Negra,  
agua transparente y muda  
que enorme muro de piedra,  
donde los buitres anidan  
y el eco duerme, rodea;  
agua clara donde beben  
las águilas de la sierra,  
donde el jabalí del monte  
y el ciervo y el corzo abreven;  
agua pura y silenciosa  
que copia cosas eternas;  
agua impasible que guarda  
en su seno las estrellas.

¡Padre!, gritaron; al fondo  
de la laguna serena  
cayeron, y el eco ¡padre!  
repitió de peña en peña.